

En Orihuela, un mes..... 0'50 ptas.
Fuera, trimestre..... 2'00 »
Número suelto..... 0'10 »
A los vendedores, 25 ejem-
plares..... 4'75 »
Bombos, edictos, comunicados, re-
clamos y anuncios, á precios con-
vencionales.
Se rechazan las subvenciones si,
por su importancia, no resultan me-
dio decentes.
Pagos adelantados.
Se admiten suscripciones en esta
ADMINISTRACION y en la Imprenta de
D. Luis Zeron, Hostales 1.

EL PUEBLO

PERIÓDICO IMPARCIAL, LITERARIO Y DE INTERESES GENERALES

ES EL DE MENOR CIRCULACION DE ESPAÑA Y SUS ISLAS

TIRADA ANTERIOR: LA MITAD Y OTRO TANTO DE EJEMPLARES

Direccion, Redaccion y Administracion: S. Agustin, 18.

AÑO I. Orihuela 21 de Mayo de 1892. NUM. 15.

Se devuelven los originales que no se publiquen, para no conservar ma-
marrachos.
Todo suscriptor tiene derecho á la
insercion de un anuncio, que no ex-
ceda cuatro lineas, con la frecuencia
que permita el espacio disponible.
Este periódico se publicará los
días 7, 14, 21 y 28 de cada mes si el
Fiscal de imprenta no opina lo con-
trario.
 Toda la correspondencia á la Re-
DACCION.
No admitimos sellos de franqueo
cuyo valor sea mayor de 0'50 ptas.

EL PUEBLO

DESDE SAN MIGUEL

A MI QUERIDO AMIGO GREGORIO PONZÓA

Empresa difícil es, describir aun-
que sea á grandes rasgos, el her-
moso panorama que ofrece á nues-
tros ojos la ciudad y huerta de
Orihuela, vistas desde la elevada
cima del gigante granítico, que sir-
ve de base al espacioso edificio del
Seminario de San Miguel.

Una palabra dada ha mucho tiem-
po á mi estimado amigo D. Grego-
rio Ponzóa, director de EL PUEBLO,
me obligan hacer un trabajo supe-
rior á mis escasas fuerzas.

Hecha esta declaracion, intenta-
ré cumplir mi compromiso.

Ni una sola nube mancha el diá-
fano horizonte.

El sol próximo á su ocaso, baña
con tibia luz las fértiles llanuras
de los campos de Orihuela.

A lo lejos, se estiende una nube-
cilla cenicienta que, á semejanza
de una larga culebra de gasa, hun-
de su enorme cabeza en el ancho y
hueco espacio, mientras que su en-
rosca cola abandona las platea-
das aguas del rio Segura.

Aquella cinta de encaje flotante,
aquella manga de ceniciento hu-
mo, que parece brotar de la tierra,
son las nieblas del Thader que se
elevan al azulado cielo, en vaporo-
sas y húmedas emanaciones.

En silencio admiré el grandioso
panorama, que se estendia ante
mis ojos; panorama que encanta, si
se contempla desde la erizada cum-
bre de ese coloso, que la suprema
voluntad del Hacedor, ha colocado
como mudo vigia, como esforzado
campeon, para libertar á Orihuela
con su robusta mole, de los vientos
que llevan consigo las tormentas
del helado invierno.

Quisiera poseer el pincel de Ra-
fael, Velazquez y Murillo, para
pintar el delicioso paisaje que pre-
senta todo el caserío de la ciudad,
y los árboles cubiertos con sus es-
meraldinas vestiduras; que forman

especial conjunto con las casitas
del campo, blancas como las palo-
mas que en torno de ellas revolotean,
y que parecen una manada
de ovejas, recostadas sobre el ver-
de y mullido cespèd en medio de
un risueño valle.

¡Cuan grande!... ¡con qué ex-
plendor se manifiesta la naturale-
za, al mirar tanta prodigalidad,
tanta hermosura, con que ha dota-
do todos aquellos deliciosos y pro-
ductivos contornos!

A lo lejos: en lontananza, se di-
visa una faja clarísima y transpa-
rente resguardada por millares de
arbustos y cañas cimbradoras, que
serpentea entre roca y roca como
gigantesca serpiente de plata.

No apartando la mirada, se ob-
servan sus voluptuosas ondulado-
res y lánguidos movimientos, cre-
yendo oír el dulce murmullo del
arroyuelo que se desliza mausa-
mente por un fertilísimo y ameno
prado, cuajado de amapolas y vio-
letas silvestres.

Miranse las inquietas palme-
ras, que á impulsos del viento, hu-
millan su altiva copa, como la dé-
bil é inocente azucena dobla su ta-
llo á la aproximacion de la tormen-
ta, temerosa de no poder resistir
con su caliz delicado, los manan-
tiales que van á desprenderse de
las nubes que se mecen sobre ella,
amenazando de muerte su virgi-
nal existencia.

Allá bajo: á nuestras plantas, y
como en el fondo oscurísimo de una
profunda sima, aparece la primiti-
va Orihuela con sus estrechas y
tortuosas callejuelas.

De trecho en trecho, se distingue,
del tamaño de una pequeña es-
tampa, el nicho de alguna imagen,
que al llegar el crepúsculo noctur-
no, ilumina opaca é incierta luz de
un sucio farolillo, que envia sus
débiles rayos, unas veces, á la sa-
grada efigie del divino Mártir del
Gólgota, y otras á la sacrosanta
Madre de aquel que apareció como
el angel del bien sobre la tierra.

Si dejamos volar en alas de la
quimérica fantasia nuestra imagi-
nacion meridional, vemos desta-

carse de entre la penumbra que
proyecta la ténue luz de aquellos
farolillos, la arrogante figura de un
bravo y apuesto caballero, de alti-
vo continente, embozado hasta los
ojos en su ancha capa, que se apo-
ya en la reja de noble y viejo case-
ron; creyendo llega á nuestros oi-
dos los dulcísimos ecos arrancados
por una mano experta á un sonoro
laud, y la fresca voz de galante
trovador que entona armoniosos
cánticos de amor á la mujer prefe-
rida de su alma.

Al tornar la vista, nos hallamos
con la grandiosa é indescriptible
perspectiva que presenta el segu-
ro y ancho puente, bajo el cual
camina silencioso, lamiendo sus
plantas de granito, ese fiero titan
que fecundiza con sus aguas nues-
tra productiva huerta.

Al lado de una extensa alameda,
de una encrucijada de corpulentos
y añosos árboles, adornados por el
verde y frondoso ramaje, con que
Mayo vistió sus desnudas ramas,
aparece un delicioso oasis, un pre-
cioso jardin, cercado por ferrea y
pintada verja, cubierta de trepa-
doras madreselvas y de otras mil
gallardas flores que embalsaman
con sus perfumados aromas la fres-
ca brisa que orea nuestra frente y
que al respirar tan delicadas esen-
cias transportase el alma á otras
regiones ideales forjadas por la
fantástica imaginacion del poeta.

Si dejamos que nuestros ojos
funcionen como máquina giratoria
y nos detenemos á examinar el
confuso laberinto que presenta el
desigual caserío de la ciudad, des-
de la empinada cumbre del altivo
atalaya, notase el abigarrado con-
junto de la antigua y moderna ar-
quitectura Junto á la pobre y pe-
queña casa del honrado hijo del
trabajo con su techo de terraza,
ennegrecida por el humo que des-
pide su tosca chimenea formando
caprichosas nubecillas que en el
aire desaparecen, álzase mage-
stuoso el magnífico palacio, con su
espaciosa escalera de mármol,
que ostenta orgullosamente en su
elevado por talon el escudo novi-

liario del poderoso señor, su pri-
mitivo dueño, ó el sagrado templo
donde se adora la divina imagen
del Crucificado, con su media na-
ranja, cubierta de azuladas y bri-
llantes tejas, que al refractar los
rayos del sol en ellas, brotan mul-
titud de diamantinas estrellitas,
fulguraciones de rubies y topacios
que arrebatan la luz de los ojos del
que las contempla. Si nos fijamos
en la anchurosa vega y en las be-
llezas que ostentan aquellos man-
tos de esmeraldas que cubren los
perímetros de las huertas, adorna-
dos de doradas espigas, que más
tarde yende la hoz del segador,
regán lolas con el sudor de su fren-
te, al convertirlas en preciosos
hazes de oro, que se tornan despues
en rica montaña de granos de tri-
go, más rubios que la diosa Ceres,
el alma sorprendida se extasia an-
te tan exuberante riqueza; vaga
por el espacio y se adormece em-
briagada por el purísimo aroma del
azahar que exhalan millares de na-
ranjos, que perfuman el ambiente
en que se envuelve la ciudad de
Orihuela.

Seria tarea moens que imposi-
ble y superior á las fuerzas de mi
modesta pluma si hubiese de enu-
merar una por una todas cuantas
preciosidades dignas de mencion se
divisan desde la cúspide del cerro
de San Miguel.

Dicho esto, sólo me resta para
terminar, preguntarme...

¿Habré cumplido mi compromi-
so?

Aunque tarde... sí.

¡Más vale tarde que nunca!

M. de Hoyos y Masegosa
Murcia 18 Mayo 1892.

PLUMAZOS

Semblanzas municipales

XIII

Edil de nombre tan solo;
en su reja se me pasa
una gran parte de tarde,
casi toda la mañana,
y buen rato de la noche
esperando al gran Cucala.
La calle donde entre hierros
pasa su vida preciada

lleva el nombre de un gran santo gigante, *bailon* de fama; y por esta razón creo que á nuestros ojos no baila la danza que el Municipio nos dá todas las semanas. Al kiosco varioloso emparentado ¡no es guasa! está el chico y mucho he dicho aunque no haya dicho nada

XIV

El señor que ahora os pinto en este lado no es soltero, ni viudo, es muy casado; y es lo que puedo decir de este *armado* bello sugeto. Si las calles nos tiene abandonadas, no es de él solo la culpa, es de la grava; que, aunque preside la comisión de baches, él no la pide.

Anda rodando por esta ciudad, bastantes días, la nueva de que en breve se reconocerán todas las casas que están en estado ruinoso.

Los comentarios, como siempre, son pesimistas.

Todos dudan de que se realice tan útil medida.

Y sin embargo... ya verán Vds. como se hace.

Como que no se ha señalado tiempo.

Eso no obstante, es posible que se derruya algún edificio antes de ser reconocido.

¿Pero que cargo habrá que hacerle al municipio si ya tenía el propósito de reconocerlo?

Como se acerca la feria,

para atraer forasteros

yo formaría un programa

con los siguientes festejos:

En esa casa con rejas

llamada casa del pueblo,

con petroleo, del que gasta

para iluminarnos Bueno,

y virtudes y otras cosas,

simular un gran incendio,

para que pueda lucirse

la brigada de bomberos.

Disparo de voladores

muy volados, por supuesto,

que vuelen silbando mucho

al volar cerca del cielo.

Arcos de *verde follaje*

cubiertos con grandes lienzos

que tuvieran, por entregas,

impresos los presupuestos.

En la calle Mayor música,

alternando con estrépito

la orquesta que en el teatro

nos conmueve á tantos memos

y la banda uniformada

de zúrcidos y remiendos.

Y en fin, gran función de títeres

en la plaza de... becerros;

que en esta tierra oriolana

hay muchos titiriteros.

Leo en «El Independiente»:

«Ha aumentado el precio del pan»

Nosotros nos explicamos esto.

Se ha puesto caro el yeso, según dicen.

Ya Vds. me entenderán, ¿eh?

Suplicamos al señor Alcalde vaya

pensando en un horno «regularizador.»

¿Que tal ha sentado á Vds. esa carne ahogada queridos lectores?

Si, eso es. La carne de las dos vacas que se ahogaron el martes y que nos querían hacer tragar á la fuerza el miércoles.

¡Carneros! ¡Ah! Tienen Vds. razón, no había caído, si, los carneros.... para algo han de servir.

Para cuando no se *mate* otra cosa en el *matadero*.

Vamos á ver. Y el que haya tenido capricho el miércoles de comer carne por ahogar, ¿que habrá hecho?

¡Ahora caigo! ¡¡Cantar!!

Precisamente el citado día á jalearse á un débil enfermo, que no quería carnero, la siguiente copla:

Es usted señor Alcalde un miembro de autoridad, que al ahogarse un par de vacas las manda sacrificar.

NUESTRA COLABORACION

¡AL SANTO! ¡AL SANTO!

Los vecinos de ésta, que los chicos de la prensa hemos dado en la dulce manía de llamar coronada villa, estamos bramando, y con el alma en un hilo... bramante.

A lo mejor está Ud. durmiendo á pierna junta...—supongo que Ud. no es cojo y que no tendrá solamente una pierna suelta,—soñando, tal vez, que ha muerto el casero, ó el sastre, ó que le ha caído á Ud. el gordo; y el criado—suponiendo que se permita Ud. el lujo de tener criado—lo despierta de repente.

Usted piensa que han volado la casa, que el anarquista *Pini*, ha vuelto á hacer otro pinito, ó algo semejante, y salta en calzoncillos aceleradamente delacama.

Pero ese salto no tiene nada de particular; cuando salta Ud. bien, es cuando el *gargón* le participa la triste nueva de que tiene Ud. su casa invadida por *esos*, los tan conocidos como «deseados» *isidros*.

En el pasillo siéntese ruido de gente que habla alto, abre y cierra puertas, enterándose de todo, y se pasea y brinca como si estuviera en la dehesa.

Usted pide la «gracia» de los invasores, y mientras se pone principalmente los pantalones y la camisa, procura recordar de qué conoce Ud. á la familia cuyo nombre le acaba de decir el criado.

—¿Los señores de Gatigurrea, han dicho? ¿Pero señor, qué Gatigurreas son estos, que yo no me acuerdo de ellos? Oye, tú; ¿no vendrán equivocados? ¿Han preguntado por mí? Diles que yo no conozco á ningunos Gatigurreas, ni he oído en mi vida tal apellido.

—Señor, dicen que son de su pueblo de Ud. y casi parientes.

Antes de que Ud. vuelva de su asombro, los paisanos asoman la cabeza por la puerta de la alcoba, y se lanzan súbitamente hacia Ud. para extrujarlo entre sus amorosos brazos.

—No tengo el honor de conocerles—dice Ud. al fin, hecho una

figura, si logra Ud. salir con vida de las extremosas caricias de los forasteros.

—¡Anda! ¡que gracioso!—dicen —¡que no nos conoce! ¡Si yo soy Tomás Gatigurrea, el albéitar de Pozodulce, y en vida de tus padres he sido yo siempre quien ha herrado todas las caballerías de tu familia!

Ante recuerdo tan delicado Ud. se convence y se resigna, y hasta acaba Ud. por creerse pariente de ellos, por lo menos primo.

A mí me ha caído en suerte— vamos al decir—una familia que no me la merezco. D. Lucas y la señora de D. Lucas, la niña y el novio de la niña. «Yo, inocente, en paz vivía», cuando ayer mañana, estándome afeitando tranquilamente, me sentí estrujado por D. Lucas que me puso primero las manos en los ojos y gritó: ¿me conoces?

Yo creí que el autor de la broma era Rodríguez, un pupilo que vive en la misma casa, y estuve á punto de tirarle un tajo con la navaja de afeitar que aun conservaba en la mano.

—¿Conque no me conoces?— siguió diciendo don Lucas, destapándome los ojos y apretándome fuertemente contra su corazón.

De vez en cuando me cogía por los hombros y me separaba un poco, como para contemplarme bien; y luego volvía á abrazarme con todas sus fuerzas, y á llamarme monín y otros excesos.

—¿Si me habrá parido á mi este hombre?—pensé yo aturrido por aquellas demostraciones de cariño.

¿Quién será este tío? Porque al pronto no recordé: me parecía haber visto aquella fisonomía en alguna parte; debajo de una albarda, por ejemplo; pero no caía; cuando me caí de espaldas fué cuando el ex-gobernador—por que D. Lucas ha sido Gobernador—me explicó quien era, con quien venía y á lo que venía y á lo que venían.

—Ahí fuera están mi mujer, Estrella, y mi hija, Estrellita: ¿quieres verlas?—me preguntó, estrujándome nuevamente y dándome un pisotón terrible.

—No, no; ya las he visto, dije yo sonriendo como el que se coje los dedos en una puerta.

Desde el nefasto día en que llegaron á mi casa, ni como, ni reposo. Se levantan á las cinco de la mañana, y entran todos en mi cuarto, y empiezan á hacerme cosquillas en los piés y á echarme agua por la cara, para despertarme, porque dicen que el madrugar es muy sano, y que á quien madruga Dios le ayuda. En vano les digo que en Madrid no hay donde ir á las cinco de la mañana, y que además es muy cursi levantarse antes de las once.

—¡Nada, nada! ¡Arriba, holgazan!

¡Las cinco y cuarto, y todavía en la cama! ¿Cómo queréis tener salud con esta vida?

—¡Pero, D. Lucas, si he veni-

do de la redacción á las tres de la madrugada.

—Sí, sí, de la redacción. De ver á alguna prójima. Tú crees que yo no sé la vida que haceis en Madrid? Cuando yo era Gobernador... ¡Ah! Verás, te contaré una aventura que...

—D. Lucas, haga Ud. el favor de no pervertirme,

—No seas tonto, pues verás...

—Que llamo á su mujer y á su hija de Ud., y le hago ver las Estrellas...

Y así llevo quince días, sin vivir, ni *na*, como dijo el otro. Aparte de los disgustos que á veces me ocasionan las ocurrencias de la familia, que suelen ser *peregrinas*, como de *romeros*, que vienen á la Romería del Santo.

—Oye, tú—me dijo el primer día que fuimos á la pradera, parándose delante de un puesto de botijos, el Secretario del *Juzgado* de mi pueblo, que vino también «al Santo» el año pasado,—fíjate en *ese*: es el Diputado que hemos sacado en el distrito.

Y tuve que hacer esfuerzos sobrehumanos para convencerle de que no era, de que no podía ser el mismo, y de quo el parecido que observaba no era más que un aire de familia.

Siquiera con D. Lucas no me dá vergüenza ir por ahí, porque en el tiempo que ejerció el cargo de Gobernador adquirió modales finos y se hizo buena ropa. Pero con él iba siempre en ridículo.

—¿Es tío tuyo?—me preguntaban con sorna los amigos en el café,—y yo me hacia el distraído y no contestaba. El Secretario no cesaba de hacerme preguntas:

—¿Quien es ese que te ha saludado?

—¿Cuál? Aquél del pelo largo?

—Sí

—Pues, un dibujante, *Mecachis*

—Parece un músico italiano.

—Y aquel otro del rincón, ¿es Martínez Campos?

—¿Cá, hombre! ¡si es el maestro Marqués!

—Oye, oye, y siendo marqués, ¿se ha metido á maestro?

D. Lucas vino á despertarme esta mañana para decirme que su familia deseaba que la llevase á Toledo.

—¿Y para qué quieren Uds. ir allá?—pregunté yo casi de mal humor.

—¡Hombre! ¡te parece que estamos en Madrid y nos vayamos sin ver la silla primada?

—Pues para eso no hay necesidad de ir á Toledo; porque para *primada*... ¡La que yo estoy haciendo!

LUIS VILLAZUL.

15 Mayo 92.

Las dos cruces

I.

Entonces era una mocosuela apenas albarcando en la adolescencia naciente; apurando mucho llegaría á los diez años, unos diez años alegres, radiantes, desenvueltos, muy luminosos...

SECCION DE ANUNCIOS

CASA. Se vende la señalada con el número 2 de la calle de Tintoreros. Para más detalles, en esta REDACCION.

ZAPATERIA. Se garantiza la buena clase y esmerada confeccion del calzado, en el establecimiento de Tomas Mañuz, Calderon, 4.

DÁTILES. Se ha recibido una gran remesa de Berberia, muy superiores, en la tienda de Manuel Cánovas, calle Mayor, 2.

SANGUIJUELAS. Se proporcionan en muy buenas condiciones en la calle de Calderon, núm. 14, barberia.

SE REMITE FRANCO POR CORREO
EL GRANADINO
NUEVO Y SENCILLÍSIMO MÉTODO
PARA APRENDER A TOCAR EL ACORDEON
SIN NECESIDAD DE MAESTRO
(2.ª EDICION.)

En pocos días impone al aficionado menos listo de cuanto precisa conocer para tocar el acordeon de un teclado (de 8, 10 y 12 teclas). Contiene, además de los ejercicios preliminares y explicaciones indispensables á los principiantes, los wals *El Napolitano*, *La Lira*, *El Pais de la Luna*; los schotis *El Calesero* y

el de la zarzuela *Oro, plata, cobre y... nada*; las polkas *Marinca*, y *Malaga*; *La Marcha Real*, *La Malagueña*, *Las Sevillanas*, *La Marsellesa*, etc.
Precio de la 2.ª edicion, excelentemente impresa y encuadernada. 2'50 ptas.
De venta en la Administracion de *La Publicidad*, Angel, 7, Granada.

Ella y El PRECIOSA BARAJITA DE AMOR dedicada á los jóvenes de ambos sexos. Es la mejor distraccion para reuniones de familia
PRECIOS: De lujo en bristol y tintas de colores, 6 reales; corrientes, en cartoné UNA peseta.

Guía de Granada con fragmentos del poema del eminente poeta D. José Zorrilla, UNA peseta.
Los pedidos deben dirigirse al Sr. Administrador del periódico *La Publicidad*, Angel, 7, GRANADA, acompañados de su importe en sellos ó libranza.

EL PUEBLO

PERIODICO IMPARCIAL, LITERARIO Y DE INTERESES GENERALES

Se publica los dias 7, 14, 21 y 28 de cada mes. Toda la correspondencia á la Redaccion. Anuncios á precios convencionales; de cuatro líneas, gratis para los suscriptores de la poblacion. Precio de suscripcion: En Orihuela, 0'50 ptas. al mes; fuera, 2 ptas. trimestre.

Se admiten anuncios

[Faded and mostly illegible text from the bottom half of the page, including a large white tear.]